

Acerca de la curiosidad¹

Betty Joseph

En los primeros tiempos del psicoanálisis, Freud estuvo muy interesado en el tema de la curiosidad. Habló de una *instinto de saber o investigación* relacionada con las teorías y preocupaciones sexuales de los niños. Melanie Klein también pensó la curiosidad como instintiva. En el primer período de su trabajo escribió sobre el *instinto epistemofílico* que se expresa en la curiosidad del niño por el cuerpo de la madre; pero fue más lejos aún al sugerir que esto lleva al deseo de apropiarse del mismo y, de este modo, a una identificación muy temprana con ella. Su interés acerca de la curiosidad parece haber disminuido, aunque no desapareció completamente, como vemos en el trabajo detallado de Nunberg de 1960. Sin embargo, cualquiera sea nuestro punto de vista actual, si nos encontramos frente a una importante ausencia de curiosidad, todos acordaríamos que esto indica una inhibición o una perturbación severa en la esfera de las relaciones de objeto. Este punto es el que me interesa abordar en este trabajo.

Hay un tipo determinado de pacientes con una marcada carencia de interés o de curiosidad acerca de sus objetos que se manifiesta con claridad en el análisis. Esto puede estar vinculado con el tomar posesión de los contenidos del objeto y, por ende, llevar a una identificación total con él. Estos pacientes muestran una llamativa falta de interés o curiosidad hacia el analista como ser humano. Manifiestan una curiosidad basada en la necesidad

¹ Conferencia pronunciada en APdeBA el 20 de diciembre de 1995.

de evitar la verdadera curiosidad. No son capaces de ubicarse a una distancia suficiente de sus objetos como para observar o registrar lo que sucede. Cuando un objeto significativo emocionalmente entra dentro de su campo visual como para despertar conciencia o curiosidad, se sienten amenazados o empujados a hacer algo con esta situación. En grado variable, se meten dentro y toman posesión o invaden mentalmente y “saben”. Vemos una carencia similar de curiosidad hacia su propia mente y su funcionamiento; ellos no preguntan, “saben”. Sin embargo debemos suponer que una parte de la mente quiere entender y ser entendida, por difícil que sea encontrarla. Deseo discutir estos aspectos. Para ello expondré a continuación un material de un caso particular, no para dar un cuadro acabado del paciente, sino simplemente para usarlo de ejemplo.

Se trata de un hombre joven, trabajador social en un puesto de mucha responsabilidad, que ha estado en análisis conmigo por unos pocos años. Presumía de ser muy observador y considerado con la gente. En el análisis, me llamó la atención que no hacía mención de lo que pudiese haber oído o notado sobre mí, o lo que sucedía en sesión. Las vacaciones, las interrupciones, los cambios en mí o en mi entorno, los pasaba aparentemente por alto. El creía estar interesado en la forma en que trabajaba su mente pero, como voy a ir mostrando, inconscientemente presentaba material de un modo cuidadosamente estudiado, sugiriendo que sabía lo que sucedía, su significado y su motivación; como si no hubiese en su mente algo desconocido o que no pudiera entender. S. tuvo algunos análisis previos. Cuando comenzó conmigo contaba un sueño y traía lo que él llamaba asociaciones, pero en realidad era su idea sobre el significado del sueño. De modo que las asociaciones libres, que nos hubiesen podido ayudar a entender lo que estaba sucediendo debajo de la superficie, estaban llamativamente ausentes. Generalmente cuando yo interpretaba algo no anticipado por él, se ponía inmediatamente molesto, enojado, volviéndose muchas veces hostil, burlón, acusatorio y paranoico. Esto podía continuar sin parar durante varias sesiones o podía cambiar rápidamente y volverse sumiso, “darse por vencido” y aceptar aparentemente mis interpretaciones, casi como si se sometiese a mí. Entonces todo se volvía tranquilo y claramente demasiado placentero. Lentamente comencé a darme cuenta cómo esta necesidad de mantener todo tranquilo dominaba el

análisis. Muchas veces era difícil no dejarse llevar hacia interpretaciones repetitivas, benignas, blandas, discutiendo alguna idea conciente que tenía sobre sí, como si alguna comunicación inconciente del paciente me hiciese sentir, sin que al principio me diese cuenta, que si yo interpretaba de alguna otra manera lo perturbaría o amenazaría y esto lo volvería defensiva o activamente hostil. Probablemente mi tendencia a ser blanda era una respuesta a ello. Gradualmente comencé a examinar un poco más la situación, esta hábil y sutil presión que ejercía para mantener entre nosotros una relación chata, relativamente vacía, pero tranquila.

Veníamos trabajando este aspecto; S. podía entender por momentos lo que yo quería decir, hasta que un jueves trajo un sueño. No lo voy a contar en detalle; en él describía “cómo estaba ayudando a una mujer, medio desnuda y paralítica, a salir de su automóvil mientras sus piernas resbalaban como gelatina y sintió cierta excitación”. A partir de sus asociaciones, su conducta y el trabajo previo, le interpreté que al intentar traer sólo material elaborado cuidadosamente y pensamiento intelectual sobre lo que tenía en mente, estaba demostrando su necesidad de mantenerme paralizada mentalmente. Entonces él podía asumir el rol de continuar ayudándome con sus observaciones, sintiendo que me sacaba de dificultades analíticas. Era bastante excitante para él la referencia a la mujer medio desnuda. Inmediatamente S. se alejó de esta interpretación, como si no estuviese interesado en entender o pensarla. Continuó describiendo con cierto detalle cómo se había sentido ese día en su oficina cuando al entrar en la habitación, uno de sus colegas lo había ignorado por completo; aparentemente este hombre lo había excluido. Ni siquiera se preguntó en una forma simple por qué este hombre podía haber salido de la habitación cuando él entró, ni lo que pudo significar para él mismo. Pero ciertamente describe bien la situación analítica: cuando yo hablo me vuelvo el recién llegado, mientras él ha tomado posesión de mi consultorio, mi mente y sale hablando de otra cosa. Así no puede haber interés o curiosidad acerca de lo que digo o está sucediendo en su mente, o acerca de su propio sueño. Cuando pasa inmediatamente a hablar de sus cuestiones de oficina, él parece esperar que yo abandone mis comentarios, tratados como si no tuviesen ningún valor. Si yo hiciese eso, él sentiría que me vuelvo mentalmente insegura y débil –las piernas

de la mujer descritas como de gelatina—. Cuando hablé de esto lo entendió y parecía estar de acuerdo.

Comenzó la siguiente sesión describiendo con cierto malestar una clase de posgrado a la que había asistido, en la cual el profesor había criticado su trabajo, pero esta vez, en contraste con una ocasión anterior donde se había enojado y puesto a la defensiva, no había discutido; en cambio había aceptado las críticas de este hombre. No aclaró cuáles fueron y habló como si las hubiese procesado, aunque de hecho parecía haberlas eliminado, evacuándolas completamente, volviéndose superior al profesor. Me dijo, reiterándolo, que había escuchado sin discutir, como si esperase mi acuerdo y aprobación, sin que me ocupara del contenido de lo dicho y sucedido. Inmediatamente pasó a contar un sueño de esa noche. En el sueño “acababa de ir al baño y le estaba mostrando a alguien la gran deposición que había tenido, estaba dentro de una membrana, como un haggis (comida escocesa, estómago de cordero relleno) con una forma de riñón o de estómago. Se sentía aliviado verdaderamente ahora que se había desembarazado de la cosa, como un riñón que le había causado problemas durante tanto tiempo”. S. asoció esto con una serie de operaciones y enfermedades sufridas desde su temprana infancia, relacionadas especialmente con cálculos renales frecuentes. Dijo que su admiración por la gran deposición era como la de un pescador admirando un gran pez que ha pescado.

Acá podemos ver cómo las críticas del profesor, que le podrían haber causado ansiedad y dolor, no pueden ser pensadas ni tratadas con interés o traídas al análisis y entonces posiblemente digeridas; son en cambio evacuadas en masa y después, lo evacuado —el riñón— es admirado. En lugar de curiosidad, ahora hay grandiosidad. En la sesión S. se felicita y me alienta con la descripción de su progreso: esta vez no se puso furioso ni a la defensiva, como dijo. De este modo no me da la oportunidad de interesarme en lo que sucede para quizás ayudarlo analíticamente. Me mantiene, en cambio, como a la mujer del sueño anterior, medio paralizada, sin mis propias piernas analíticas sobre las cuales pararme. En este ejemplo S. termina admirando su propio producto, su propia mente, una mente sin duda inteligente, mientras manifiesta respeto por la mía en tanto y en cuanto mi pensamiento sea igual al suyo y esté organizado por él. El toma posesión de mi funcionamiento, “sabe” lo que está sucediendo, se

identifica con el analista o con el profesor y se desprende de toda curiosidad o posibilidad de comprensión. Esta necesidad de estar en la mente de la otra persona le sirve para impedir cualquier contacto real o cuestionamiento sobre su propia mente, ya que la analista no puede funcionar en forma diferente y separada de él. No se despiertan en él sentimientos ni fantasías; ninguna sensación, por ejemplo, de que ella pudiese tener algo para darle que pudiese estimular su admiración o envidia. Esta es una de las principales causas de inhibición de la curiosidad genuina y de la investigación interna y externa.

Quisiera señalar en este momento dos puntos en la historia de S., ya que parecen ser muy pertinentes. Aunque claramente inteligente de niño y de joven, S. fue incapaz de beneficiarse con la escuela y la abandonó sin los conocimientos apropiados, pero se las arregló para seguir con su carrera, sin la formación adecuada. Esto sugiere que ya en la escuela no fue capaz de procesar y digerir lo recibido de otra gente, los maestros. Hasta el inicio del análisis siempre pensó con cierto orgullo en esa falta de formación verdadera; ahora la siente con pesar. En segundo lugar, su madre estuvo muy enferma durante sus primeros años; pronto comenzó a ayudarla a cocinar para la familia. Desde muy chiquito, parece haber ayudado bastante de muchas formas. Aparentaba ser muy tolerante, pero secretamente comenzó a aliarse con su padre y su hermano mayor y a aborrecer y despreciar a la madre. Por lo tanto, ha existido claramente una figura muy temprana vivida como medio paralítica, necesitada de él: él cocina para ella pero la mira con cierto desprecio. A partir de esto, se pueden empezar a ver interconexiones importantes que ayudaron a construir esta personalidad interna arrogante y no indagadora. También podemos observar indicadores de una posible identificación femenina con la madre, pero esto no es parte de mi interés principal en este momento.

En estas dos viñetas podemos ver algunos mecanismos usados por S. cuando se despiertan ciertas ansiedades. En la fantasía escinde parte de sí mismo y la proyecta dentro del objeto —la analista o el profesor—, quien se vuelve inferior y equivocado, mientras él introyecta aspectos del objeto y de esta forma toma el rol de la analista y se vuelve la analista o una persona superior. Otro mecanismo consiste en proyectar en mí su pensamiento; supone, por ejemplo, que estamos de acuerdo sobre su mejor

manejo de la situación con el profesor de modo tal que nuestras dos mentes analíticas son iguales. Entonces mi mente es tan no indagadora como la suya. Inconscientemente él cree que cualquier otra alternativa sería demasiado amenazante. En efecto, después de la hora me di cuenta que no tenía idea de lo que había sucedido en la clase, ni había observado adecuadamente el proceso que se estaba desarrollando en la sesión.

Quiero continuar mostrando un ejemplo de cómo esto emerge en el vaivén de la sesión. Estando ya algunos años en análisis, un jueves S. se había enojado, volviéndose hostil y burlón cuando hice una interpretación que él describió como predecible; era justo lo que él había esperado que yo dijera, lo que él había elaborado. De algún modo pudimos trabajar sobre esto, calmándose su rabia y hostilidad de modo que hacia el final de la sesión se sintió aliviado y hasta conmovido por lo que yo le podía mostrar. Aunque creo que estaba realmente conmovido, es raro, como dije anteriormente, que me sienta tranquila frente a estos desplazamientos súbitos, desde la hostilidad casi paranoica a la afabilidad. Aparentemente hay movimiento, pero no cambio real interno ni insight.

Al día siguiente S. vino diciendo que después de la sesión tuvo una tarde muy agradable en su casa, describió cómo las cosas estaban creciendo bien en su jardín. Luego contó cómo lo conmovió el fin de semana anterior ver a la hija de un amigo, de tres años, llevar a su hijo (el del paciente) de 18 meses a través del césped. Aunque tenían una cualidad genuina, el tono de estos comentarios era también algo demasiado suave. Sugerí que hoy sentía que podíamos estar a gusto juntos, siempre y cuando no hubiese mucha diferencia entre nosotros, si éramos como hermanitos amigables. S. estuvo de acuerdo, podía darse cuenta de ello. Continuó diciendo que el día anterior su mujer había tenido supervisión de un caso clínico con un supervisor que, sin embargo, parecía frío y distante. Relacionó esto con haberse encontrado en una cena en casa de amigos mutuos el fin de semana. Creo que dejé de ser la hermana pequeña cuando hice la interpretación anterior, con ello muestro mi capacidad para supervisar, para mirar el material. Esto último amenaza con despertar una helada rivalidad y envidia. Estos sentimientos son proyectados inmediatamente en el objeto, el analista-supervisor, donde son mantenidos alejados de sí mismo y el objeto se torna antipático y frío. De esta

forma podemos ver cómo se construye su paranoia. Pero hasta los sentimientos paranoicos son proyectados en la esposa: es ella la que se siente tratada fríamente y con distancia. No traté de interpretar estos últimos aspectos proyectados durante la sesión porque estaban demasiado alejados para estar disponibles.

S. continuó recordando haber entrado con un amigo a un restaurante y haber visto allí un grupo de colegas de mayor experiencia y categoría en una mesa; habló de las diferencias generacionales y de lo atractivo que esto era (nuevamente sentí que decía esto para confirmar lo que acababa de interpretar, retroalimentándome con lo que me gustaría oír y manteniéndome con los mismos pensamientos; de algún modo, tomados de la mano). Dijo que en este último tiempo había estado pensando mucho en su analista anterior, el Dr. R., describiendo lo útil que había sido su análisis con él. Pero, sin embargo, algunas cosas no fueron solucionadas. Habían hablado mucho acerca de la relación con su hermano pero no como lo hacemos nosotros; S. y yo, estamos entendiendo su problema de hermanos aquí. En este momento sentí un verdadero flirteo analítico conmigo. Después que apareció más material de este tipo, interpreté su necesidad de mantenerse en este nivel, aparentemente seduciéndome en forma inconciente para que me sienta compinche con él. S. hizo un comentario vagamente crítico comparándome con el Dr. R. que era modesto, en realidad ahora pensaba que demasiado modesto; sentía como si yo le hiciese firmar algo diciendo que tengo una mente superior a la de él. Una vez dicho esto, cambió rápidamente de tema y describió a otros amigos que estaban en análisis: uno que no podía tomar la más mínima decisión sin hablar antes con su analista, y otra parecía tener a su analista en mente en cada frase. El es distinto, más libre, más franco con respecto a su analista: yo. Pero, ¿cómo puede juzgar?, ¿cómo puede saber si su juicio es el correcto? Nuevamente estos comentarios son hechos como afirmaciones de hecho, con una convicción total sobre lo que describe, no habiendo pensamiento o indagación.

A esta altura me estaba lisonjeando, al parecer en forma inconciente; mi arrogancia anteriormente semi-mencionada se volvió una virtud —no modestia patológica, como el analista anterior—; estaba comparando críticamente a los analistas de sus amigos (de hecho ambas personas de mucha experiencia y muy respetados) con su analista, aparentemente en detrimento de

aquéllos. Al mismo tiempo él mismo no era arrogante, ¿cómo puede confiar en su propio juicio? Supone que acuerdo con él y acepto todo; ambos somos parte otra vez de la misma mente. Intenté mostrarle cómo todo el tiempo mantenía un oído-ojo alerta, sobre lo que yo pudiese pensar o decir, permaneciendo atento y en guardia. También podemos ver la seducción activa al tratar, con su forma de hablar, de llevarme a estar de acuerdo con él. Usa su mente como una especie de sonda para entrar en la mía y averiguar qué sucede ahí dentro, o qué se espera de él; después puede estar de acuerdo o tratar de manipular, pero no está interesado en escuchar las interpretaciones, ni sus propias reacciones o sentimientos, y permitir que resuenen en su mente y adquieran sentido. Es muy interesante ver la diferencia entre este tipo de sondeo para averiguar y el interés y curiosidad verdaderos. En este ejemplo no tomó para nada lo que yo le estaba diciendo sobre su conducta activamente seductora para conmigo. Si este tipo de manipulación y acuerdos fracasan, surge una amenaza de sarcasmo helado y cortante y burla —como al principio de la sesión anterior—, o emergen posiblemente dudas reales sobre él mismo y sentimientos de culpa.

La necesidad de mantener el control de la mente, del self y del objeto, y la aridez y peligros resultantes si esto no tiene éxito, fue claramente descrita poco tiempo después, cuando S. me habló de su preocupación por las relaciones sexuales con su esposa. Más allá de las dificultades, se siente en general bien en su matrimonio pero hay un problema en la sexualidad; el punto crucial es que ella no lubrica, se vuelve árida, seca, aunque esto no era así antes. No se pregunta por qué, qué siente ella, o qué está pasando realmente entre ellos; no parece ni siquiera entrever que algún comportamiento suyo necesitaría ser considerado. Su actitud, de hecho, es la de alguien que menosprecia a su mujer por sus dificultades. Tenemos también una descripción muy exacta de la relación analítica: con mucha frecuencia me siento repetitiva, seca y bastante improductiva en mi comprensión o en mis interpretaciones; un verdadero intercambio y fluir de ideas, un coito productivo se hallan llamativamente ausentes. Después de interpretar algo de esto, S. dijo, con cierto orgullo, que su mujer comenta que él puede aguantarse, no hay ningún riesgo de eyaculación precoz, puede esperar y controlar adecuadamente. Esto me parece una descripción muy precisa de cómo nunca suelta su mente o sus

pensamientos en forma precoz, se hace cargo de llevar el control del análisis sabiendo de lo que quiere hablar y lo que supone que yo quiero oír; dándome así el llamado placer, mecánicamente. Entonces yo debo admirar su capacidad de control y lo que viene de él, como lo hace su mujer. Cualquier admiración por el objeto, cualquier razón para la envidia, es nuevamente proyectada en el objeto y él es el proveedor de satisfacción. Cuando de hecho hago interpretaciones, según él las llama predecibles y secas, entonces, por supuesto, yo estoy equivocada y él se vuelve superior y despreciativo. La culpa, por ende, es mía; la suya es obviada.

Estoy sugiriendo que la curiosidad en S. es una defensa contra la curiosidad –no se mira realmente a sí mismo ni se pregunta desde adentro, ni permite que el analista o la situación analítica resuenen emocionalmente. Adquiere una comprensión teórica y la aplica como conocimiento propio, éste es por su naturaleza frío y estéril. Implica que su mente no está abierta a investigar, recibir, observar o interesarse en lo que está ocurriendo dentro y fuera de sí mismo, y niega que la mía pueda ser diferente y abierta. Es muy difícil evaluar cuánto, él y pacientes como él, observan pero escinden inmediatamente las observaciones externas o emocionales, aniquilando de tal modo el significado. El foco de sus intereses parece ser muy estrecho, aunque de alguna manera aparenten estar muy atentos hacia otra gente, a lo que sucede en ellos y en sus mentes. Cuando le señalé a S. su aparente falta de contacto con cualquier cosa que estuviese sucediendo, por ejemplo interrupciones o cambios, se adecuó muchas veces para complacerme en lo que le parecían ser mis deseos de que observe y haga conjeturas intelectuales sobre lo que yo iría a hacer en mis vacaciones. Esto se vuelve obviamente algo vacío y mecánico; soy vivida como intrusiva y narcisísticamente ansiosa de ser observada. Esto presenta problemas técnicos muy interesantes; si uno se permite seguirlo en el pasar por alto la realidad y la existencia de un otro –el analista, el consultorio– uno se vuelve simpático, pero inútil y semi-paralítico. Si uno trata de ayudarlo a mirar el problema se siente rápidamente forzado a estar de acuerdo hasta el punto de rendirse. Por ello es especialmente importante no sólo observar cómo se interpreta y evitar toda insinuación violenta, sino más aún, estar alerta al riesgo de concentrarse en lo que uno siente que es el contenido faltante. Con frecuencia es fácil presuponer interés o curiosidad en el

paciente que conciente o inconcientemente escinde u oculta. Le atribuimos esta actitud al paciente en vez de concentrarnos en su necesidad de mantener una sensación de equilibrio, conservando estrechos y limitados sus intereses. Todo esto plantea cuestiones complejas de técnica que, sin embargo, no es mi tema en este momento; simplemente pretendo discutir como ejemplo el modo en que S. parece observar lo que está sucediendo en el consultorio o en su mente, pero rápidamente, escinde, evita o deja de lado sus observaciones.

Por esta época trajo un sueño en donde “estaba pateando fotos debajo de la cama para que los ladrones que habían entrado no las viesen y se las llevaran, como también otras cosas”. Podemos ver acá cómo escinde, inconciente pero activamente, aspectos de sí mismo, alejándolos de ambos, de él y de mí. De esta manera intenta impedir que yo vea lo que está sucediendo, sea una observadora o, como discutí anteriormente, la supervisora, una persona genuinamente interesada y con curiosidad en su mente. Más aún, el sueño sugiere que la función misma del análisis es interpretada rápidamente por S. como que yo lo invado y robo, sintiéndose amenazado y paranoico. Se hace cada vez más evidente que no puede soportar mi posición observadora y que mi mente analítica y apropiadamente inquisitiva funcione de un modo que él no puede hacerlo.

Pero esto a su vez vuelve al paciente presa de los temores de que su enfermedad y sus dificultades estén siendo desatendidas; el analista es subestimado, vivido como descuidado y pasando por alto sus problemas reales, abandonando, de este modo, su interés y su rol de descubrir. Naturalmente esta creencia pone en funcionamiento un círculo vicioso de ansiedad, crítica y desconfianza y, con ello, hostilidad y sensación de superioridad. Esto se volvió más claro en una serie de sueños en donde la mujer de S. parecía estar descuidando seriamente a S. o a su pequeña hija, por ejemplo al no ponerle un gorro para el sol estando al sol, o al dejarla caer. En los sueños él estaba legítimamente desesperado, desconforme, asustado y enojado. Un ejemplo de esos sueños es el siguiente: “Tenía manchas como forúnculos en la cara que cada vez se ponían peor; le pidió a su mujer que mirase, ella dijo que no podía ver nada, sólo piel suave de bebé. Esto provocaba un sentimiento de pánico desesperado”. En sus asociaciones comparó este sueño con el reciente sobre el gorro para el sol y se refirió

a los horribles problemas de la adolescencia con un acné severo. Habló, como en otras ocasiones, de cómo sentía que su madre no había prestado atención a sus dificultades y quejas cuando las cosas no andaban bien, por ejemplo en el colegio, y siempre le atribuía la culpa a él. De aquí surgen preguntas no sólo sobre su historia, cómo fue tratado realmente, cómo su madre se comportaba, sino también cómo *escucha* realmente las interpretaciones, y en qué medida su desconfianza y actitud paranoica colorean lo que escucha. En el transcurso del análisis pudo explicarme en una forma muy útil, que siempre escuchaba lo que yo decía con la intención primera de descubrir mis propias intenciones. Con respecto al sueño, creo que quiere decir que yo estoy tratando de robarle, manteniéndolo por debajo, denigrándolo, ¿por rivalidad y envidia? ¿Estoy de veras interesada en él o simplemente finjo? Otro aspecto de esto se expresa en esta serie de sueños: su angustia frente a mi “interpretación sin pausa” de sus ansiedades, devolviéndole rápida y prematuramente sus proyecciones, lo cual analíticamente, indicaría su culpa y responsabilidad por sus preocupaciones. En otras palabras, como si sus problemas fuesen sólo material analítico, “sólo proyecciones” y no ansiedades profundas en su vida. Naturalmente uno debe considerar aquí si las interpretaciones son demasiado apresuradas, si pueden parecer insensibles, etc., tanto como el papel que juega su historia. Pero debemos tener presente además cuánto de esta ansiedad está basada en la identificación proyectiva de su propia necesidad de aplacar todo, retratada en las sesiones donde sus palabras se vuelven una crema emoliente y él sólo ve una piel suave de bebé, tal como acusa a su mujer de hacerlo en el sueño. Si aparecen diferencias entre nosotros hacen erupción como el acné y obtenemos hostilidad; sale a la luz el lado litigante de su personalidad, sintiendo al analista totalmente equivocado. Este fragmento de la historia es interesante, en tanto sugiere que la madre de mi paciente tenía poco interés o curiosidad verdaderos sobre lo que estaba sucediendo en los sentimientos y la vida de su hijo; no podía escuchar ya que ella “sabía” que él estaba equivocado. Parece haber alguna identificación con esta imagen de la madre, que sabe sin necesidad de preguntar y allana superficialmente el dolor y la ansiedad.

La naturaleza de la ansiedad y el dolor temidos por S. si se despertase su capacidad de investigar, surge en parte en el

material que he traído, en especial su paranoia y cualquier sentimiento de su responsabilidad y culpa. He descrito la velocidad con que emergen en la sesión la hostilidad y la paranoia, para ser luego rápidamente escindidas y reemplazadas por una especie de afabilidad y conformidad u obviadas con zalamerías. También está el miedo a que la curiosidad y la investigación genuinas lleven a un sentimiento de compromiso, de responsabilidad por la conducta y los impulsos propios y con ello, a una conciencia de culpa. Esto fue muy claro, por ejemplo, en la descripción de S. acerca de las dificultades sexuales de su mujer, donde no había cabida para ningún pensamiento sobre su propio rol en ello. Cuando la culpa amenaza con surgir se movilizan distintas defensas, la más clara es la proyección en el objeto; él se vuelve sentencioso y grandioso, comienza a ayudar al objeto y a acomodar las cosas a su manera. Esto es con frecuencia muy evidente en las sesiones. Cuando puedo mostrarle a S. algo desde un ángulo nuevo, si entiende lo que quiero decir, puede explicar inmediatamente por qué sería así tal y tal punto señalados por mí; por ejemplo explicándolo desde su historia, su relación con un padre difícil, etc., sin detenerse por un momento a ver acerca de qué se está justificando. De esta forma parece ayudarme y acomodar las cosas pero esa ayuda no me permite ser una analista y descubrir cosas. Otras veces puede corregir mi trabajo o reformular mis palabras, a veces con un poco de humor, como ayudándome a seguir. Entonces el paciente desaparece de la vista y no hay ningún interés o curiosidad en abordar lo que podría estar sucediendo en él.

En este trabajo me ocupo de un grupo determinado de pacientes que muestran poca o ninguna curiosidad por el mundo inmediato que los rodea, por su analista o el entorno psicoanalítico. No son capaces de ubicarse a una distancia suficiente de sus objetos para que se despierte el interés; lo evitan alejándose de sus objetos o, proyectando partes del self dentro del objeto se apropian de aspectos de su funcionamiento, identificándose así con el objeto en mayor o menor grado. He indicado algunos de los problemas técnicos que esto plantea para el analista. Usando material de un paciente, he tratado de mostrar la intención inconsciente de evitar el impacto de una gran cantidad de experiencia, experiencia que podría despertar ansiedad, admiración, odio, o envidia, o alguna conciencia de su propia responsabilidad y una sensación de culpa y paranoia. Lo vinculé con algunos aspectos

ACERCA DE LA CURIOSIDAD

de su propia historia y con su manera de manejarse con sus objetos primarios. La falta de interés por su entorno inmediato se refleja en la falta de interés por el funcionamiento de su propia mente que lo lleva a un “saber” y a una razón omnipotentes. Por lo tanto, este tipo de pacientes no pueden tolerar ninguna investigación verdadera ni curiosidad genuina.

Descriptores: Caso clínico. Curiosidad. Envidia. Epistemofilia. Identificación proyectiva.